

GRACIAS SEÑOR

D.P. Raúl Armando Hernández Arteaga

Señor, sabes que con mucho tiempo de anticipación venía preparando mi clase, busqué en la Sagrada Escritura las citas apropiadas, consulté el Magisterio de la Iglesia, leí detenidamente los escritos de los teólogos que creí conveniente: Walter Kaspers, Jhon Sobrino, Leonardo Boff, Cullmann, Duquoc, León Dufour... Sabes que con responsabilidad preparé el contenido, estaba seguro que cualquier pregunta podría resolverla sin vacilaciones.

Al entrar al salón, sentía que mis piernas flaqueaban, un sudor frío recorría mi cuerpo, con gusto me hubiera regresado, pero ya estaba allí, parado frente a la puerta. Unos minutos antes me informaron que el grupo de estudiantes estaba conformado por sacerdotes, ex-sacerdotes, religiosas, varios educadores veteranos, algunos hombres y mujeres ansiosos de obtener su título de Licenciados en Filosofía y Teología. Me sentía incapaz, pero no había remedio, cerré los ojos por un momento, pensé en ti Señor y recordé tus Palabras “Mas cuando os entreguen, no os preocupéis de cómo o qué vais a hablar. Lo que tengáis que hablar se os comunicará en aquel momento. Porque no seréis vosotros los que hablaréis, sino el Espíritu de vuestro Padre el que hablará en vosotros”¹, me sentí más tranquilo.

Después de cuatro horas seguidas de trabajo, nos dimos cuenta que el tiempo había concluido porque un joven estudiante pidió permiso para retirarse, puesto que el único bus de su pueblo partía a las 12 m. en punto. En ese momento noté que la clase había transcurrido sin dificultades, preguntas que fueron y vinieron, diálogos agradables, lecturas, análisis...

Una vez que el más joven de los estudiantes salió, solicité a los demás que esperaran unos minutos para evaluar la jornada de trabajo. Muy amablemente accedieron. Personalmente estaba seguro del éxito logrado, manejé en forma excelente el grupo, el desarrollo de la estrategia funcionó de maravilla, el tratamiento temático no pudo ser mejor, al menos eso creía yo, ¿cómo no iba a creerlo? si al final me aplaudieron y la mayoría me felicitaron. Lo mínimo esperaba que ocurriera en la evaluación escrita, que los resultados fueran acordes a la temática tratada; la pregunta que formulé fue la siguiente: ¿qué aspecto le llamó más la atención de la jornada de hoy?

¹ Mt. 10, 19 - 20

A mi regreso a Pasto, no resistí la tentación de revisar las respuestas a la evaluación, pedí al conductor que me permitiera sacar el fólder de mi maleta que estaba en la cajuela del taxi. Esperaba que al menos la mayoría de las respuestas se refirieran al contenido que me había esforzado preparando. Empecé a leer. Las respuestas que entre otras me llamaron la atención fueron las siguientes:

- “Me impactó que se agachara a recoger mi bolígrafo y que me lo pasara con alegría.”
- “He descubierto el sentido de mi vida, cuando me hizo comprender que hemos nacido para ser felices”
- “No pensé que un joven pudiera enseñarme tanto.”
- “Nunca me había puesto a pensar en la responsabilidad que tengo como educadora y de manera especial como madre de familia.”
- “Pensaba retirarme de la carrera, pero si Cristo no se retiró del camino de la cruz, con la ayuda de Dios haré otro esfuerzo más.”

Me sentí mal, no era lo que yo esperaba, quería que expresaran apartes importantes del contenido temático que desarrollamos durante cuatro horas de alegre trabajo, pensé para mis adentros: tanto trabajo preparando minuciosamente cada detalle de la clase para que ahora salgan con que lo más importante fueron estos detalles. Confieso que sentí deseos de regresar la próxima vez y hacerles caer en la cuenta de lo ridículas que eran sus opiniones.

Después de algunas jornadas de trabajo me sentía más tranquilo, los nervios de la primera vez habían pasado, no obstante, la sensación de que algunas mariposas volaban por todo mi cuerpo era inevitable. Nos disponíamos a iniciar, mi discurso cargado de reclamos estaba listo como preámbulo bien pensado, “es necesario prestar atención a lo fundamental, no a lo accidental”, pensaba manifestar con voz firme, pero mi primera palabra fue interrumpida por un venerable presbítero, quien en nombre de todo el grupo manifestó: Profesor, estamos contentos con sus clases, puesto que nos ha tratado como personas, nos ha valorado como lo que somos y nos ha motivado a ser discípulos de Jesucristo, estamos seguros que seguiremos aprendiendo mucho... El se sentó. Todos aplaudieron.

Me quedé en silencio unos segundos. Mi muy bien preparado regaño quedó sin vigencia.

Gracias Señor, por hacerme comprender que debo hacer tu Santa voluntad.